



¿TE COMERÍAS A UN MARCIANO?

Jesús Salvador Giner
jsginer@gmail.com

La búsqueda de vida fuera de la Tierra es uno de los campos de la astronomía más emocionantes. Sería un momento glorioso para la Humanidad poder afirmar, sin duda, que hemos encontrado otra forma biológica ajena a nuestro mundo. ¿Cómo deberíamos “tratarla”?



UNA DE LAS ESTRUCTURAS CON FORMA BACTERIANA ENCONTRADA EN EL METEORITO AHL 84001, PROCEDENTE DE MARTE. HUBO QUIEN PENSÓ QUE SE TRATABA DE VIDA PRIMITIVA, AUNQUE PARECE QUE EN REALIDAD TIENEN UN ORIGEN NO BIOLÓGICO. (NASA)

No es difícil ver que la vida es un valor de la Tierra. Es sencillo comprobarlo cuando examinamos otros planetas y lunas, que carecen de ella por completo (al menos, eso pensamos). La vida es una organización muy compleja de la materia, algo que la supera, que la dota de un alcance del que carece una roca o un montón de nieve. Aunque seamos realmente torpes a la hora de definirla, sí sabemos diferenciarla de lo que no tiene su condición, lo que no está “vivo”.

En la Tierra, sin embargo, el darle “valor” a lo vivo no nos exime de realizar prácticas discutibles y de tener comportamientos más que deleznable con lo “vivo”. Ante todo, diferenciamos: hay un reino, el vegetal, que es la base de la cadena alimentaria digamos, “superior”, que incluye a los animales, reino del que nosotros for-

mamos parte. Por suerte, hoy está bien claro que éstos, los animales, no son seres inferiores a nosotros, sino más bien nuestros hermanos, como han evidenciado las investigaciones en biología, fisiología o neurología, o al estudiar sus comportamientos y modos de vida.

Pues bien, el reino base, el vegetal, no posee los atributos necesarios para “sentir”. Es decir, una tomatera, al menos hasta donde sabemos, no puede “sentir” que es arrancada por mi mano al llegar el otoño, porque ni posee cerebro ni tiene un sistema nervioso que permita transmitir esas sensaciones. Así pues, ni goza ni sufre. En cambio, el reino animal es distinto. Un animal, sea el que sea, desde un gorrión a una sardina, de un león a un mosquito, sí lo hace, sí sufre y sí goza (recientemente una investigación ha demostrado que los machos de las moscas de la fruta, al eyacular, sienten placer, incrementándose el nivel del neuropéptido F, NPF). Las evidencias de que los animales sienten dolor y placer son virtualmente infinitas...

Todos ellos, por pequeños que sean, disponen de un cerebro y de un sistema nervioso. Por consiguiente, sí tienen esa facultad, son sensibles a cómo se les trata y tienen intereses (no ser dañados, vivir libremente, que nadie les imponga un modo de vida que no es el suyo, etc.). Lo cual no quiere decir que esté mal que si viene un perro rabioso a por mí no apriete el gatillo de la escopeta para defenderme, o que no aplaste a un mosquito tigre tras chuparme la sangre en una cálida noche de verano. Pero no hablamos de esos animales, sino de

los otros, cuyas vidas están controladas por nosotros de inicio a fin.

Todo esto, que parece bastante obvio, choca con el trato que les damos a los animales terrestres. Los explotamos, los encarcelamos, los mutilamos, los esclavizamos para que satisfagan nuestros deseos, y finalmente los matamos cuando nos place, ya sea a través de la caza, las granjas o los mataderos (o algo mucho peor, como en una plaza a la vista de niños que aplauden el acto como si fuese lo más normal del mundo).

Hay a nuestro alrededor la idea, asentada en las sociedades actuales, de que ellos “están ahí para servirnos”, de que ésa debe ser su vida: nacer y morir con el único objetivo de que nosotros les saquemos provecho, sea como sea (comida, vestimenta, entretenimiento, diversión, investigación, etc.). No nos paramos a pensar en ellos, no hay momento para ponerse en su lugar, para sentir empatía y tomar conciencia de lo que estamos haciendo con ellos.

Llegará un día en que descubriremos vida extraterrestre. Seguramente será en este siglo, puede que dentro de una década o dos. Pensemos en Europa, la luna de Júpiter: un posible océano de aguas cálidas bajo su corteza helada, donde pueden existir criaturas marinas inimaginables, sintientes, que interactúan, que tienen su vida y su hábitat.

¿Veríamos con buenos ojos que a alguien se le ocurriera sacar un cuchillo y despedazar a una, digamos, “anchoa de Europa”? ¿Y arrancarle las patas a un hipotético “cangrejo gigante de Europa”, como los que hemos visto en los fondos abisales terrestres? ¿A alguien le gustaría ver cómo acuchillan a una, figurémonos, “ballena de Europa”? Sería mucho más lógico proteger, respetar y apreciar el valor que posee esa vida, sintiente, como nosotros lo somos. Pero no deberíamos hacerlo solamente porque fuera “vida extraterrestre sintiente”, porque es una novedad (si hubiera mil planetas habitados, ¿tendríamos derecho a matar la vida en alguno?) o porque está fuera de la Tierra.

No, deberíamos hacerlo simplemente porque es vida sintiente, sin más. Marte sería de los marcianos; Europa,

de los europeos; Titán de los titanes; Encélado, de los enceladianos.... Y es así porque tantos ellos como nosotros sentimos, y al sentir, tenemos deseos y objetivos, aunque ellos (los animales, tanto de aquí como los que encontremos en el futuro en otros mundos) no puedan expresarlos o no sepamos percibirlos.

Tal vez no somos conscientes de que esa vida, la hipotética de Europa tanto como la de la Tierra, no está ahí para nuestro beneficio, ni para la gula ni el placer del paladar. Y tampoco es razonable, como ahora está de moda, darles una “vida buena” (gallinas criadas en el suelo, por ejemplo), o matar de forma “humanitaria” a los cerdos para que “no sientan dolor”. La cuestión no es ésa, sino no explotarlos de ninguna manera. Esto es un objetivo muy utópico, pero también lo fue en su día la abolición de la esclavitud (alguien tan sagaz como Aristóteles consideraba a los esclavos como “herramientas que hablan”) o la discriminación por la piel o por el sexo, y hoy hemos avanzando hasta niveles que no podíamos ni imaginar hace unas décadas.

Al igual que no queríamos que ningún descerebrado hiciese daño a los animales extraterrestres (ni siquiera a las plantas o algas que en otro lugar hubiera), del mismo modo sería positivo si empezáramos a considerar los animales, los que tenemos aquí en la Tierra, de un modo más compasivo y empático, porque la gula o el gusto pueden saciarse, y muy bien, sin hacer daño a quienes sienten (otra cuestión es la educación, la comodidad o la costumbre, que nos hace seguir empeñados en actuar y pensar igual que siempre...).

No es tan difícil, no supone un cambio tan drástico ni una privación gigantesca. A esos animales, nuestros hermanos, que hoy en la Tierra torturamos y matamos, con un poco de esfuerzo les podemos dar una vida de respeto y bienestar para ellos mismos. ¿No sería ése, también, el mejor bagaje de experiencia para poder tratar a la vida extraterrestre, una vez la descubramos, como se merece?

Eduquémonos en el respeto y la empatía y estaremos listos para compartir el Universo con todos los otros seres vivos sintientes que lo pueblen.